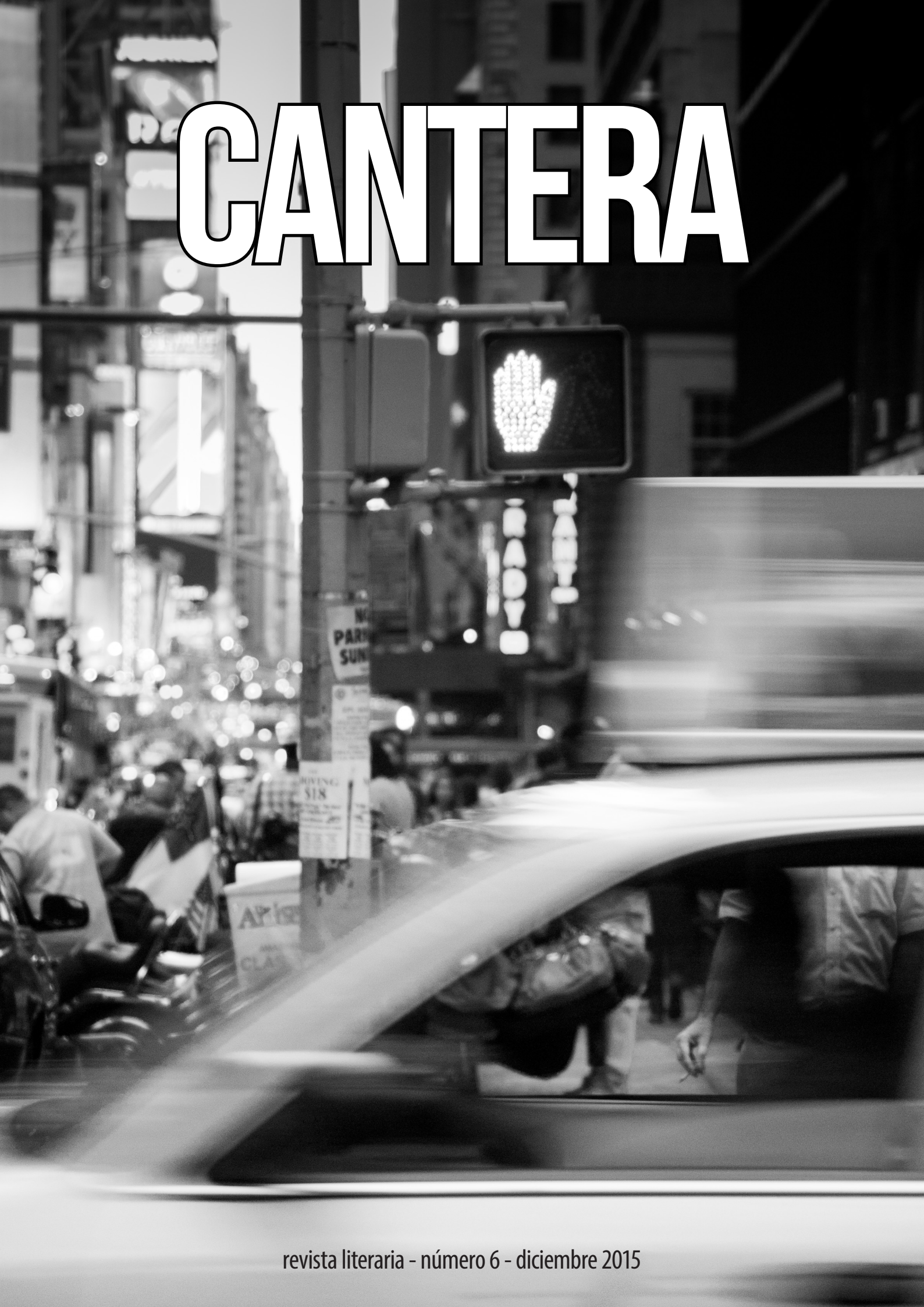


CANTERA



CALLE

La calle siempre está allí, disponible para transitarla, para contemplarla, para evitarla. La calle está para olvidarla o para volver a ella. La calle es acera, edificios, semáforos, autos, comercios y es la gente que por ella circula. La calle es sus caminantes: personas, perros, gatos, cucarachas, pelotas. La calle es vitrina, pero es también basura y violencia. Más que un lugar, es lo que en ella pasa, porque la calle es a la vez estática y dinámica, pausa y devenir. La calle es la molécula de la ciudad. Es instante y es memoria.

A veces pasamos por ella sin mirarla, como si no existiera. Y otras tantas, la calle se nos queda adentro.

La calle siempre muestra, incluso cuando intenta ocultarse. En este número la calle tendrá voz y voto. La calle será palabra.

CANTERA

Revista Literaria

Número 6 - Diciembre 2015

www.revistacantera.com

@revistacantera

Editor principal

Alejandro Arturo Martínez

Editor adjunto

Gabriela La Rosa

Portada y fotografías

José Ignacio Vielma

Diagramación

Alejandro Arturo Martínez

Correcciones

María Betania Caldera

SUMARIO

6

De la calle, ida y vuelta

José Ignacio Vielma

16

Correos, citas y pretextos

Ricardo Azuaje

22

Periguera

Luis Freites

38

Quince minutos para ser póstumo

Oriette D'Angelo

39

La ciudad lucía

Paula Ilabaca

40

La viandante

Tomás Cohen

41

Amatista

Leonardo Alezones Lau

42

Tótem

José Carlos Martínez

43

Humo

Tobías Von Messel

44

**Cuando la fractura es reflexión:
Notas para leer en la ciudad-sujetx**

Dámaso Rabanal

COLABORADORES

José Ignacio Vielma (Venezuela, 1970) es arquitecto (Universidad Simón Bolívar, 1995), y Doctor en Arquitectura y Estudios Urbanos (P.U. Católica de Chile, 2010). Sus intereses de investigación se orientan a la experiencia contemporánea de la ciudad. Ha obtenido menciones y primeros lugares en concursos de paisaje y de diseño urbano de áreas de desarrollo informal, parques urbanos y vías expresas (Caracas, 2000, 2001, y Temuco, Chile, 2010). Publicó el libro *Altopía: otros lugares* (Caracas, 2010). Ejerció la docencia en la Universidad Central de Venezuela (1999-2015) y desde 2012 es Profesor Asistente en la Universidad de Chile.

Ricardo Azuaje (Venezuela, 1959) es autor de numerosas publicaciones tales como *A imagen y semejanza* (Monte Ávila, 1886) *Juana La Roja y Octavio El Sabio* (Fundarte, 1991) y *Viste de verde nuestra sombra*, con la que es galardonado con el premio de novela breve de Fundarte en 1992.

Luis Freitas (Venezuela, 1982) es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca y Periodismo por la Universidad Carlos III de Madrid. Ha sido profesor universitario (UCAB, USB) y editor (Banco del Libro). Actualmente cursa el Máster en Estudios Comparados de Literatura, Arte y Pensamiento en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Publicó el libro de cuentos *Barrio bonito* (Dahbar, 2015).

Oriette D'Angelo (Venezuela, 1990). Estudió Derecho. Creadora de la plataforma literaria Digo.Palabra.txt. Con su obra *Cardiopatías* ganó el Premio de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores (2014), mención Poesía. Sus poemas aparecen en diversas antologías y revistas digitales, entre ellas *102 poetas*. *Jamming* (Oscar Todtmann Editores, 2014)

y *¿Acaso esta atrocidad es el centro de todo?* (Stillness & Blood Press, 2015).

Paula Ilabaca (Chile, 1979) Licenciada en Letras por la P.U. Católica de Chile. Ha publicado los libros *Completa* (Contrabando del bando en contra, 2003), *La ciudad lucía* (Mantra, 2006), *La Perla Suelta* (Cuarto Propio, 2009), y *La regla de los nueve* (Emecé, 2015). Ganadora del Premio de la crítica de la Universidad Diego Portales y del Premio Pablo Neruda de Poesía Joven 2015.

Tomás Cohen (Chile) estudió Musicología y Arte en la P. U. Católica de Chile, Historia del Arte en NYU y traducción del Tibetano en la International Buddhist Academy de Katmandú. Su libro *Redoble del ronroneo* será publicado por Buenos Aires Poetry en 2016.

Leonardo Alezones Lau (Venezuela, 1983) estudió en la Escuela de Artes Plásticas Arturo Michelena. Es autor del poemario *Arcada* (Colección Cada día un libro, 2008), y *Amalivaca* (Negro Sobre Blanco Editores, 2012). Actualmente trabaja con artistas de la región y alterna su obra con el periodismo cultural dentro de la Red Informativa del Diario Negro Sobre Blanco.

José Carlos Martínez García (España, 1978) es profesor de lengua y literatura. Ha publicado la edición crítica de *El viaje de un filósofo a Selenopolis* (Liceus, 2009), e *Hipermetropías* (Círculo rojo, 2015).

Dámaso Rabanal (Chile, 1986) es profesor de Castellano y licenciado en Educación por la Universidad del Bío-Bío. Diplomado en Estudios de Género, mención planificación y educación, de la Universidad de Chile. Doctorando en Literatura en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

DE LA CALLE, IDA Y VUELTA

José Ignacio **Vielma**



Río de Janeiro. 2015

1

La historia de la calle es la historia del más próximo de los vacíos. Una historia de ida y vuelta. La calle nace de modificar una superficie, de cambiar su textura para permitirle transitable. Su origen es el camino, la unión instrumental entre dos destinos. Más adelante, el tránsito se adueñó del sentido y el camino se acompañó de ocasiones y lugares. El mundo se agrupó alrededor de ella, y ella se diseminó, deformó y extendió para hacer ciudad.



Barcelona. 2007

2

La calle se hizo densa, todos la quisieron para sí. Robó la luz y atrapó el aire. La calle corredor, proscrita por los modernos, se hizo espacio de sombra perenne, insalubre, sobrecargado de personas. Se compartía un poco de aire, pero se apreciaba también la coexistencia de los signos y la intensidad de la vida.



Río de Janeiro. 2015

3

La densidad y cercanía hizo posible el encuentro y el intercambio. No entre iguales, sino la frágil coexistencia de los distintos, los desconocidos. Los sospechosos y efímeros transeúntes que la llenan día a día. En ella se tejen las precarias redes entre lo desconocido, se está en casa sin sosiego, se localiza la deslocalización.



Nueva York. 2008

4

La calle es el espacio de la simultaneidad y el frenesí. En ella cada parte pierde su figura, predomina el fragmento. Es donde todo es posible, se complacen todas las miradas. El acontecimiento sustituye al nombre, queda la fugaz experiencia.



Santiago. 2015

5

La modernidad como mero instrumento aprovechó la fútil prohibición a la calle corredor. La abandonó y volvió de nuevo al simple camino suavizado y tangencial. Perfeccionó su geometría y alisó al máximo la superficie. Pretendió apoderarse de lo visto y despreció tanto la presencia como el paisaje.



Santiago. 2015

6

La ciudad de la nada, creció alrededor de caminos ubicuos e indiferenciados. Signos sin ojos se expandieron por doquier. Proliferó la simulación de sentido, la calle se hizo escenario del espectáculo de su propio vacío.



Santiago. 2015

7

O un espacio despreciado, irrespetado y groseramente ocupado por todo aquello que la impide. Una suma de decisiones baratas ocupan un espacio vaciado de relación.



Santiago. 2015

8

Desapareció la cercanía, coexistió la vida necia con lo más instrumental del paisaje. A su lado, sólo nada.



Santiago. 2015

9

Pero la calle vuelve, persiste. Exhibe con desparpajo sus paradojas y se sobrepone a las más infelices realidades. Como mera actividad y entrecruzamiento acoge intempestivamente las posibilidades del intercambio o del monólogo, entre un cúmulo siempre cambiante de sujetos ojalá distintos.

CORREOS, CITAS Y PRETEXTOS

(Apuntes para un blog)

Ricardo Azuaje

Cerca De la revolución

No puedo ni besarte.

Charlie García

Hoy viene a ser la cuarta vez que espero

Desde que sé que no vendrás más nunca.

Silvio Rodríguez

Si recibes esto piensa lo peor, aunque primero te rías del soporte, este papel de examen que remite directamente a la primaria, a trimestrales y recreos; estas líneas en tinta azul y con estas letras de las que seguramente te burlarás, o al menos provocarán una sonrisa y un dejo de nostalgia por aquellos tiempos en que colocaba notas en tu agenda, o en el libro que estuvieses leyendo. Pequeñas cartas de amor, pretextos para mantenerme cerca de ti, o para volver a aproximarme después de un viaje de trabajo, o de las primeras peleas, retomando una estrategia que me ayudó a seducirte, que jugó un papel importante en el asedio amoroso, militante y universitario que culminó en ese compromiso total poco después de graduarnos, y luego apartamentos alquilados, mudanzas, niños, cambios de empleo, compra de inmuebles, penurias, discusiones, traiciones y desengaños seguidos por un divorcio casi amistoso, gracias a los muchachos, supongo.

¿Por qué no a Marlene? Entendería de inmediato, y a la vez no. Esto está más de tu lado, del nuestro, que del suyo (que es también el nuestro), o es acaso también otra excusa para escribirte después de tantos años, de comunicaciones telefónicas, de internet y –cada vez con mayor frecuen-

cia— de mensajes de texto impersonales, usualmente relativos a los muchachos y sus necesidades. Niños, muchachos, unos carajos al borde de la treintena —Andrea con un aborto y todo— y seguimos refiriéndonos a ellos como si aún tuvieran siete u ocho años e intentáramos convencerlos de que las diez es una buena hora para dormir.

No puedo permitir que te alejes de mí así, antes de habernos encontrado. Más o menos una frase de Cortázar tomada de Rayuela, creo, o de alguno de sus cuentos (¿Manuscrito hallado en un bolsillo? No sé, tantas mudanzas acabaron con la posibilidad de una biblioteca y de Cortázar sólo conservo un tomo de *La vuelta al mundo*) ¿La recuerdas, Carla? Una de las primeras notas que dejé en tu pupitre en medio de una de esas largas e inútiles reuniones del centro de estudiantes a las que asistía más por verte que por cumplir con mis obligaciones con el partido. Tú sí, cumplías con tu deber, ultrosa y siempre algo despectiva cuando hablabas conmigo (entonces no habíamos visto la película de Monty Python ni sabíamos que compartiríamos una larga carrera de espectadores cinematográficos, pero igual intuíamos que no había nada que odiase más un militante de izquierda que a otro militante de izquierda, pero de otra organización). Y en la siguiente reunión, entre puntos de orden, dame un previo y no dialoguemos, compañeritos, otra notita, quizás con un par de versos de Benedetti —*la culpa es de uno cuando no enamora / y no de los pretextos / ni del tiempo*—, o consignas ajustadas a derecho, al amoroso mío como “Si somos el futuro, por qué nos ignoramos”, o “ante tu indiferencia, guerra amorosa y prolongada”. O aquella, tomada de aquel libro de Cortázar que todavía conservo, aunque en una edición de bolsillo, que obviamente estoy transcribiendo con errores:

*Tras beber los mares nos asombra
que nuestros labios sigan tan secos como
las playas.
Y buscamos una vez más el mar para
mojarnos en él, sin ver
que nuestros labios son las playas y nosotros
el mar.*

Los versos eran de Attâr, el mar eres tú, esos grandes ojos verdes en un rostro que hacía pensar en las mil y una noches, en un medio oriente salido directamente de ilustraciones decimonónicas y con un erotismo ligero para consumo de adolescentes (morenas envueltas en velos, en una atmósfera brumosa, lánguida, sensual y colonial; nada que ver con intifadas, bombas y comandos israe-

lles), aunque luego supiese que en tu familia no había ninguna ascendencia árabe o persa, al menos no cercana. Sí de portugueses y canarios, aunque no se vanagloriasen de ello, al principio, de los ochenta.

Y fíjate que ya entonces no rondaba el tema, aunque no puedes saber de cuál tema te hablo, pues esto ha derivado –siguiendo el motivo marino– hacia otras playas, arrastrado por una marea de recuerdos, de restos de aquella primera emoción cuando vi uno de mis papelitos asomando por los bordes, sobreviviente al triste destino de los otros, arrugados y lanzados al primer cesto de basura de los pasillos de la escuela apenas eran leídos (cuando los leía). De allí al primer café no faltó mucho, caminar y luego correr juntos, y llorar juntos en una manifestación en las Tres Gracias, o del lado de Plaza Venezuela, o en la plaza El Venezolano (cerca de la cual había un restaurant griego del que fuimos asiduos durante un buen tiempo), mientras sobre nosotros pasaba una estrella fugaz con forma de botella de colita grappette envuelta en llamas, molotov. Compartir mesa en el comedor universitario, cigarrillos, periódicos, siestas en la Tierra de Nadie y una tarde cualquiera el primer beso. Y sí, el amor, pero también la política, porque seguíamos militando con distintos grados de radicalismo: tú verdaderamente ultrosa –esa enfermedad infantil– y con brazo armado, yo estratégicamente participando en el apoyo al parlamentarismo burgués, también conocido como democracia burguesa, luego de la derrota que nos infirieron en los sesenta, hasta que se presentaran nuevas y claras condiciones para la toma del poder. Con un devenir histórico que conspiró para unirnos más al hacer cada vez más evidente que los movimientos armados no tenían futuro, o sí, pero uno definitivamente mortal en Cantaura, tres años después, y al deshacerse mi organización en medio de luchas de facciones –que tampoco habían visto el film de Monty– por el control del aparato, devorados –ahora sí– sus principales dirigentes por el parlamentarismo burgués.

Huérfanos de futuro nos tocó forjarnos uno, ¿no es así? Pero otra vez me alejo de ese primer encuentro con la guerra santa, la yihad, del misterioso encuentro en una mesa de cirugía de una hoz, un martillo y un alfanje (“¡La cimitarra! ¡La cimitarra!”, una caricatura de Fontanarrosa que no viene al caso, pero que me sigue haciendo gracia), también conocido como Afganistán, el Vietnam ruso, una medialuna roja que asomó mucho antes de bin Laden y ocupó numerosas conversaciones a fines de los setenta, cuando todavía el socialismo era el horizonte del porvenir, esa línea imaginaria inexistente. Rambo cabalgaba entonces con su carcaj cargado de flechas anti helicópteros rusos (esos Zukhoy que en este nuevo milenio se han caído en Venezuela sin necesidad de Silvester), colgando de la espalda por el mismo paisaje árido, frío y accidentado por el que anduvo unos años

antes el joven Gurdjieff de la mano de Peter Brook; Osama se arrodillaba en algún lugar de Boston o Nueva York, usando su reloj suizo y saudita para orientarse en dirección a La Meca; el cadete Hugo Rafael se aprestaba a bailar con una quinceañera un popular mosaico de Billo Frómata (*La marina tiene un barco / La aviación tiene un avión / y allá vienen los cadetes en correcta formación*); y nosotros hacíamos el amor, quisiera recordar que desafortadamente, en tu residencia cuando tu compañera estaba visitando a su familia en Maracay, o en el apartamento de mis viejos cuando estaban trabajando o se iban para la playa a pasar el fin de semana. Claro, es injusta esta comparación porque seguramente este trío de hombres notables –Silvester ben Chávez– que nunca se encontraron también hacían el amor y a lo que quería llegar era al tema afgano, que usualmente ocupaba parte de nuestras discusiones acompañadas por cervezas y chistorras en Sabana Grande, o por cervezas y costillitas agridulces en el chino de Los Chaguaramos, en las que también participaban el gocho Abreu, mi tocayo Sergio (que me llamaba Serguei ique para diferenciarnos, como si no fueran suficiente su gordura y adequismo galopante, aunque era buena gente), Elelé y su novia, Laurita, tan delgada siempre, tan callada y sonreída, como si ya entonces supiera. Pero eso no viene al caso, al menos no durante esas noches en que pasábamos de la política nacional a la universitaria y de allí a la internacional y a lo que parecía la catástrofe rusa. Increíble que un país que había apoyado al tío Ho en la mayor derrota externa infligida al imperio norteamericano en toda su corta pero avasallante historia de expansión y dominio mundial, se empantanase casi de inmediato en el desierto afgano. Abreu y tú, sin ser prosoviéticos, tendían a disculpar las acciones rusas mientras mi tocayo y yo simpatizábamos con la guerrilla local, islámica y con un dejo romántico que nos hacía asociarlos, salvando las enormes distancias, con Lawrence de Arabia –O’Toole of course– y sus árabes comandados por Omar Sharif.

¿Sabías que tocayo es una palabra de origen náhuatl? ¿Te imaginas un sitio donde coincidan dos carajos llamados Huistipozotli?

Elelé (mento) y Laurita nos escuchaban hablar de las matanzas en Kabul manteniendo una posición aparentemente neutral, aunque Elelé –que cuando se ponía radical pasaba a llamarse Olepé, o Elepé, si le pasaba en una fiesta– era de ascendencia libanesa, mirista como yo aunque de otra célula, pues nosotros funcionábamos distinto a ustedes y estábamos separados por escuelas, y él estaba en sociología, donde también era conocido como Omar y no ocultaba una fuerte inclinación por la poesía. Sacaba irregularmente y gracias al multígrafo de nuestro centro de estudiantes

un periodiquito que a veces se llamaba *Ajenjo*, otras *Elote* y en una etapa notablemente étnica, *Huasipungo*, en el que publicaba poemas y cuentos breves, y por eso lo apodábamos Elelé, porque aportaba al grupo el elemento poético. Sí, era tonto, pero nunca preguntaste por qué le decíamos así; probablemente lo creías un alias, un nom de guerre, como todos los de tu grupo tenían uno. Me enteré del tuyo hace poco y de modo completamente accidental.

Laura y Elelé, nuestros precursores, novios también a pesar de estar en partidos distintos, nuestros dobles. Elelé no estaba de acuerdo y nos llamaba copiones, sombras indeseadas de su relación.

Entretanto los rusos seguían perdiendo tanques y helicópteros en Afganistán, sin saberlo comenzaban a socavar un muro que se encontraba a miles de kilómetros de distancia, al mismo tiempo que otros sujetos islámicos enfrentaban al estado sionista en el medio oriente con un optimismo a prueba de podas (“Podrán cortar todas las flores”).

Para concluir –o simular una conclusión– esta agonía bélica de los años setenta que no enseñó nada a los norteamericanos, pues apenas salieron de Indochina volvieron a involucrarse de modo sangriento en Centroamérica: Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Panamá (¿prohibido olvidar?), debo confesar que me topé con una fotografía en la última página del cuerpo A de *El Nacional* que marcó una diferencia, vital. No estaba en primera plana pero al menos para mí, fue definitiva. Sí, claro, hoy en día y entre nosotros especialmente desde el 2002 *El Nacional*, *El Universal*, *Globovisión* y los otros canales, y las agencias internacionales –Reuters, Upi, Efe, Ap, Venpres, Prensa Latina– están sumamente desprestigiados, y aunque desde mucho antes había tipos como Pedro Duno –que en una entrevista con Iván Loscher en los setenta afirmó que *El Nacional* era un diario que le hacía mucho daño a la opinión pública en Venezuela, que en lo personal creo es un invento de los medios venezolanos y que en realidad los venezolanos siempre están pensando en otra cosa, probablemente más fundamental, como el sexo, o la comida– igual uno no podía evitar el impacto de la imagen: una hilera de hombres con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda derrumbándose bajo un efecto dominó mortal, causado por Kalashnikov esgrimidas por guerrilleros afganos, por esos simpáticos aliados de Rambo que, según la leyenda al pie, estaban ejecutando profesores de bachillerato cuyo crimen había sido transmitir enseñanzas contrarias al Corán. Hasta allí mi solidaridad con la resistencia afgana. Mi reacción te pareció desproporcionada, a mí también. He visto fotos más terribles, sé de crímenes ejecutados por bandos de distintos signos ideológicos de mayor dimensión, tanto por cantidad como por brutalidad, pero hubo

algo en esta imagen que me conmovió profundamente. Y entonces no podía saber que acabaría siendo profesor de bachillerato en el interior.

II

Relación de lecturas para un desencuentro anunciado: yo leía a Cortázar y a Benedetti, tú a Galeano y a Scorza; yo a Ludovico Silva, tú a Marta Harnecker (ninguno de los dos era asiduo a la Sagrada Familia: Marx, Engels, Lenin y el Ché, ¿viste?); donde dejaba caer un *Viejo Topo* sobreponías una revista *El mueble* y cuando opté por *Casa y campo* diste un extraño vuelco hacia *Quimera* (ambos detestábamos cordialmente *Exceso* y al gordo Ben Ami –¿Qué tengo flor?– Fihmann, que como mis padres también vivía en La Florida). Durante mi breve travesía mística por Fromm, Suzuki y Osho mantuviste tus pies bien puestos en la teología de la liberación, que propició un retorno transitorio al marxismo –gracias a una lectura tardía de los libros de Otto Maduro y Ernesto Cardenal– a través del Nuevo Testamento revisitado. Eran los tiempos de *La última tentación de Cristo* y *¿Quién mató a Roger Rabbitt?*, y justo un año después sobrevino el apocalipsis del mundo socialista, desangrándose a través de un muro. Más libros hubo después, cientos y cientos de páginas, pero el fin de ese rincón de nuestra historia, pregonada prematuramente por un japonés llamado curiosamente Francis, quebró de alguna manera nuestra fe en la letra impresa y fue desplazando nuestro interés y atención hacia la televisión y el cine. Y la prensa diaria, leída y trabajada –por ti, yo nunca pude entrar a un medio, aunque tampoco hice un gran esfuerzo– reemplazando la teoría. ¿Y la praxis? Mala o sencillamente nula por lo que restó del siglo. Entonces Chávez.

III

¿Por qué nunca has visitado mi blog? Cuadernosdeserguei.blogspot. Sé que no lo has hecho porque he dejado un rastro para ti que no ha sido olfateado ni seguido. He estado conspirando para que se dé algo probablemente inconveniente para ambos, e innecesario. Es cierto, cuando una enfermedad juvenil te ataca después de cierta edad –cincuenta, sí, sí– las consecuencias suelen ser lamentables. Y si Marlene lee esto me convendría estar muerto, o desaparecido.

-

Fragmento del libro inédito *Cinco novelas inconclusas y un cuento completo*.

PERIQUERA

Luis Freites



Caracas. 2008

La red de autopistas de Caracas es una raya de coca de sesenta kilómetros de largo. Desde la Planicie hasta Tazón, de Petare a Caricuao.

Tercera, cuarta, tercera. Acelera, recorta, acelera.

Tanque de gasolina lleno. 30 litros. Bolsa repleta. 3 gramos.

Lo que me pasa a mí es que soy muy autodestructiva.

A través del parabrisas el mundo parece una película. 24 cuadros por segundo a cien kilómetros por hora. Hileras de edificios aparecen y desaparecen. La Urbina. Estoy jaladísima. A ver dónde me paro.

Cuando estoy drogada los semáforos se ponen verdes para mí.

Un pase. Otro pase. Otro pase.

Antímano, Carapita, Gramovén. Nombres que conozco pero no son yo. Mundos ajenos.

Ese deseo intenso de sentir la nota, ese cosquilleo en la nariz, ese impulso en la barriga. Quieres controlarlo pero no puedes. Te domina.

Mi mamá dice que tengo que cuidar mi apariencia. Me lleva los domingos

al gimnasio. Yo estoy enratonada pero ella no se da cuenta. Hija, pero si tienes estrías en los muslos. Recuerda vestir bien, oler bien, sonreír bien, sentarte bien, hablar bajito, decir por favor y gracias, ser dulce con los ricos y amarga con los pobres.

Quizá si no fuera tan autodestructiva no tendría que andar arrastrándome, pidiéndole al más idiota que me quiera.

No sé qué hacer con mi vida.

Carlos, Pablo. Cada uno más imbécil que el anterior.

No olvides que debes estar lo más buena posible. Media hora para alisarte el cabello, media hora para depilarte, difícil la simetría en la cresta púbica. Todas las noches cremas de albaricoque para mantener la piel tersa y apetecible. Me acuerdo de que a los doce años empecé a comer mucha clara de huevo. Según mi mamá la que tiene las tetas pequeñas tiene poco futuro.

Lo bueno de la cocaína es que te mantiene flaca.

Dos hombres, dos abortos.

Al principio siempre raspa. Te dan ganas de estornudar, papel de lija escalando las fosas nasales.

En las fiestas competencia de escotes. Las mujeres dando vueltas y saltos o bailando, riéndonos a todo pulmón. A ver quién es la que grita más fuerte, cuál de nosotras llama más la atención. Rímel y licra. Desde su rincón los hombres beben y hablan mientras nos miran los culos.

Pero ya después no hay sensación. Entraste en la burbuja, te sientes en calma.

No dejo el perico. Por ahora, no lo dejo.

Todo el mundo grita y las bolsas pasan de mano en mano. Hoy somos el mejor amigo del que tiene más. Mandíbulas desencajadas, ojos saltones. Una espesa nube de marihuana queda suspendida sobre la sala. Nadie abre las ventanas. Esa voz que escuchas es la de Tom Zé.

Carlos decía que no sabía si era adicto porque era músico o si era músico porque era adicto.

Muchas de nuestras rumbas más voladas las hacíamos en la casa de playa de los papás de Maximiliano. Nuestro alto pana para todo lo que se terciara. En casa de Maxi cualquier cosa era posible. Todos lo adorábamos pero era imposible seguirle el ritmo. Era el más drogadicto del grupo. El más yonki.

La historia de mi primer aborto es la siguiente. A Carlos y a mí nos gustaba tirar en el asiento de atrás de su carro, en el estacionamiento

de su edificio. Borrachos y jalados. Bájate las pantaletas.

Cuando el vigilante tocó el cristal con la linterna, no nos dio tiempo de vestirnos. Yo salí del carro con las tetas al aire. Carlos le dijo qué te pasa. El vigilante le pegó con la linterna en la frente. Carlos empezó a sangrar. Yo pegué un alarido que se escuchó en todo el edificio. El vigilante salió corriendo. Carlos le gritó te voy denunciar, mamahuevo. Carlos, el roquero maldito.

Esta noche estamos tranquilos porque sabemos que de un momento a otro vamos a empezar a drogarnos y la fiesta se va animar. Esto seguro se acaba en una arepera, llenos de arepa nihilista y batido de parchita. Sólo esperamos a que a alguno se le ocurra la genial idea, invite a los demás, nos convenza de lo que ya tenemos aceptado. Al tercer ron todos queremos jalarnos. El más ansioso llama al jíbaro. Los Ruices. Una comitiva sale en la busca. Recopilamos billetes, esperamos. 3 rones más. Conforme sube el volumen de la música y el nivel de alcohol en el organismo, las conversaciones se vuelven incoherentes. El jíbaro hace un gesto *Scarface* cuando nos pasa la merca. Adiós.

Maxi pasó por el alcohol, los porros, el perico, los ácidos, los hongos, las anfetaminas, las benzodiazepinas, el jarabe, los antipsicóticos, los antidepresivos, las pepas, la piedra, la morfina en pastillas, la heroína fumada. Se hacía panita de los jíbaros. Subía a los barrios, entraba en los ranchos de los malandros, jugaban Fifa en el Playstation.

Fumaba piedra con los mendigos de las bombas. A veces esnifaba 95 sin plomo de los tanques de gasolina. Olía pegamento, thinner, pintura. Luego llegaba a casa de sus papás. Se tomaba una caja entera de Rivotril para bajar el acelerón y se quedaba dormido tres o cuatro días seguidos.

Me gusto más con el corte escalonado largo y la pollina hacia la derecha. Carlos llevaba 9 discos editados. Empezó a los 18 y no ha parado de producir desde el estudio de su casa, sacando un álbum al año. Todos caseros, con ese sonido tan crudo y verdadero del *lo-fi*. No le interesaba pertenecer al *mainstream*. Lo que importa es la expresión artística, decía. Quería que su música fuera apreciada por un público selecto de iniciados. Ofrecía los discos gratis en su página web, acompañados de las letras y todo.

Si te da congestión nasal jálate un poquito vaporú.

Al principio Carlos era la cosita más tierna e ingenua que había conocido en mi vida. Tan sensible, tan culto, tan tímido. Había personas que opinaban que era medio retrasado mental. Lo que no sabían era que en la adolescencia sufrió de Asperger y la mamá lo mantuvo aislado

de la gente. Vivía encerrado en sí mismo. Por eso tocaba tan bien guitarra y piano y componía y escribía sus propias letras. El Cheky lo admiraba demasiado. El Roro lloraba cada vez que escuchaba sus maquetas. Tomás, el pana-mánager-productor-baterista-percusionista le conseguía toques en pequeños locales de la ciudad y de Maracaibo y de Barquisimeto y de Valencia.

Inoportuno el escritor cita a Lyotard y el artista plástico le responde ya te estás poniendo teórico otra vez. La vida hay que vivirla, pana. Tómate otro trago. De qué sirve pensar en modernidades y posmodernismos. Una canción tras otra va sonando. Increíble el bajo en *Mistress Flouxetine* y uff, alucinante cómo entra la guitarra en *Lonsome streets of Preveral*.

Un pase. Otro. Otro. Acelera.

Yo tranquila leyendo *Auroras de otoño* cuando Carlos se acerca y me recita ocurre solamente que el movimiento y el calor son como el calor y el movimiento de una mujer. Levanto los ojos del libro, enamorada ya, y allí está a él. Alto, delgado, barbudo, con su chaqueta bluyín, sus *Ray Ban* y su disociada abundancia de ser. Verso a primera vista.

Mis papás se sienten importantes pero no son nadie. Los pobres. Hace siglos participaron en la carrera electoral de un tal Alvarez Paz, un maracucho panzón sin carisma que acabó perdiendo estrepitosamente contra el falangista Rafael Caldera. *Pa' lante*, era su eslogan de campaña. Qué frase tan estúpida.

Con Carlos aprendí a dejarme llevar, a no enrollarme, a vivir la vida *flow* y guguncó. La primera noche nos pegamos una tremenda rumba de cerveza y tequila y porros y acabamos follando en el suelo de su cuarto. Enredándonos con los cables, tumbando las guitarras. Presionábamos sin querer los pedales, componiendo *loops* distintos con cada polvo. Desde entonces fui roquera con él, me empapé de su carisma y su discurso.

La cocaína es la amiga que más nos quiere en el mundo. No exige nada, lo da todo. Cuando me jalo, los demás desean estar conmigo, nuestra conexión es la más profunda. Hermanos todos, noches y noches reflexionando sobre el amor eterno que nos rodea, sobre cómo el arte salvará la humanidad. Proyectos creativos acelerados en los que el cineasta pacta un guión con el escritor, el diseñador se compromete a trabajar los decorados, y el músico promete que se ocupará de la banda sonora. El día puede ser duro, podemos haber sido humillados por los jefes, raspados por los profesores, insultados por nuestros padres. El

país puede estar yéndose a la mierda, pero no importa. Tres rayas y todo bien.

El mejor rock es el clásico, si no es *old school* no es nada. Vacílate la dinámica en *Harvest*, de Neil Young.

Y al día siguiente la esponja en la cabeza. Sudor, náuseas y por qué no te bañas. Culpa y odio. Una cervecita para activarse. A cuadrar la próxima rumba.

Siempre me mostraba en la Telecaster las melodías que se le iban ocurriendo. Yo toda pendeja mirándolo tocar.

Pero cómo no amar su melena negra, cómo no amar su amor por la vida, el vino, la buena vibra por encima de todo. Cómo no amar su corazón infantil, sus pataleos de niño malcriado, su amor por los sonetos de Quevedo y Gutiérrez de Cetina. Yo lo acompañaba a cada ensayo con el Roro y el Cheky. El toque es este viernes y a nadie le cuadró la agenda hasta hoy.

Nada como bajar a la playa a tomarse unas birritas, comer pescado frito, escuchar The Abyssinians, tragarse unas piolas y caerse a porros a la luz de la luna.

Con este biquini se me nota demasiado la celulitis.

No es que no me guste el sexo. El sexo es el medio, nunca el fin. Helena fue la que me besó primero. Después vino la lengua y nos gustó la cosa. Seguimos besándonos, empezamos a tocarnos y cómo me excitaba la idea de todos ellos mirándonos perplejos.

Hubo un tiempo en que lloraba mucho.

Mi papá dice que me interno o me centro, me paso 6 meses en rehabilitación o me caso, me suicido o me busco un hombre decente y trabajador. La elección es tuya: la muerte o la edad adulta. Mi papá no se mete mucho en mi vida porque se pasa el día intentando componer los asuntos del país. Hacia dónde vamos, dice. Tienes que votar en las próximas elecciones, dice. Tienes que ir a la marcha.

Antes muerta que internada. Asistir cada día a reuniones pavorosas donde se habla de cómo mi gato se murió y lo triste que me puse. Grupos de apoyo para leer y reflexionar sobre las profundísimas enseñanzas del *Solo por hoy*. Cerramos los ojos para meditar y yo pensando qué carajos querrán decir con Poder Superior. Si sigues las reglas, te damos puntos por buen comportamieto. Si llegas a 100, igual te dejamos salir al patio a hablar con los pajaritos. Lo llamamos plan motivacional.

Cuando las gotas comienzan a bajarte por detrás de las fosas nasales. Nosotros los pitayanquis le decimos *dripping*.

Al ver la alcabala policial, sabes que te van a hacer bajar del carro y

lo hacen. Ciudadano, muéstreme la licencia. Todos parados a un lado de la carretera, mirando el pavimento, bajo una valla enorme en que aparece la simpar Mujercerveza. Estamos temblorosos porque el carro es del papá de Francisco, si lo llaman vamos a caer todos. Un niño que pasa en una camioneta se caga de risa al vernos. Uno de los policías se me queda mirando, me doy cuenta de que con esta franela se me traspasan burda los pezones. Me tapo con las manos, el policía sonríe. Cuando los pacos encuentran la *ganja* y las bolsas y los frascos de jarabe, sabes que te van a matraquear y lo hacen. Les damos el dinero y los celulares y las cámaras. Prosigan, ciudadanos.

Carlos fumaba piedra a veces. El *crack* es para los iluminados, decía. Si llueve esta noche vamos a tener que desmontar las hamacas y compartir la carpa. Nos va a tocar dormir abrazados o no dormir y besarnos y manosearnos y chuparnos hasta que sol aparezca.

Avenida Boyacá, de este a oeste.

Mi poemario se iba a llamar *A pesar de tu santa cólera*. Me parecía que el título era lo suficientemente atractivo. Representaba con claridad mi intención de una poesía conversacional, reflexión sobre la agresividad de la cultura urbana contemporánea. Claro, esto es lo que iba a responder en la entrevista. Me imaginaba en la sección de cultura de algún periódico, citando mis influencias, mis intereses, mis intenciones. Una foto mía con el pelo suelto y los lentes negros de montura gruesa. 5 años trabajando 15 poemas, agregando, corrigiendo, incorporando oscuras referencias literarias, alusiones a la era digital mezcladas con misticismo solipsista pero sin tono mesiánico. Hasta que el perico me dejó muda. Es raro porque con perico hablo mucho.

La que mucho abarca poco aprieta.

No sabría decir con exactitud cuándo las cosas empezaron a ponerse raras entre Carlos y yo.

Crece en las húmedas tierras de Bolivia, si tienes suerte. Atraviesa artesanales procesos de producción. La siembra, la recolección, el kerosén, los pies de algún mugriento niño campesino, la pasta, la piedra, los alijos, la travesía nocturna, la montaña, la selva, la carretera, la frontera, la ciudad, el barrio, el corte, el talco, el bicarbonato, las bolsitas y de ahí a las manos del jíbaro que espera tu llamada para llevártela a tu casa y por tu nariz hasta la cabeza. El proceso es limpio y preciso. Tú no lo ves pero sabes cómo funciona. El hecho de que no lo veas lo hace incluso más interesante. Como el petróleo que sale de la tierra y se transforma en gasolina y alimenta mi carro y me acelera esta noche que voy jaladísima a 160 por la autopista. Ese espasmo helado

que te sube por la espalda.

Francisco me llama para contarme que está preocupado por Maxi. Resulta que ahora se esnifa un gramo de perico, al mismo tiempo que se toma dos botellas de jarabe, al mismo tiempo que se traga dos piolas de *speed*. Francisco dice que no entiende nada. Yo le respondo la cosa es muy sencilla, Fran, tenemos un amigo que se quiere suicidar. Maxi está muerto desde hace rato. Es doloroso, *baby*, pero es así.

Nunca te entregues del todo.

Llego a la casa. Me quedo un buen rato en el estacionamiento, apago el motor, reclino el asiento, cierro los ojos. Espero a que mis papás se acuesten. Cuando vuelvo al mundo y veo la luz que se apaga, entro en la casa en silencio, la bolsa en el sostén, me voy directo al cuarto. Cierro con seguro, apago el celular, me pongo los audífonos. Rayas encima de la carátula de *Hunky Dory*. De repente Bowie se sale de la foto, hace un tirabuzón exótico soltando escarcha de colores. Se sienta en la esquina de la cama, conversa conmigo. Me llama su Reina Puta. Me advierte de que tenga cuidado, mis papás están seguro con el oído pegado en la puerta del cuarto. Discutimos largamente sobre si hay o no vida en Marte.

Ya no dejo que transcurra mucho tiempo entre raya y raya.

Carlos se me perdía, yo lo llamaba como loca, nunca me atendía el celular. Una vez apareció tres días después. Demacrado, ojeroso. Me contó que se había comido unos ácidos con Maxi en la playa de Chuao. Que Maxi y él lo habían visto todo. Que la conexión entre ellos fue increíble. Que fueron capaces de comunicarse sin hablar, gracias al enorme poder de los porros y las pepas y los Hoffman que se moncharon cada uno. Que sólo se oían las olas del mar y el viento entre las palmeras cuando, de repente, sin aviso, se intuyeron telepáticamente en pleno rumor playero. Que, tras este momento único, se volvieron el uno hacia el otro en la arena. Que escucharon claramente el llamado primal que venía de lo más profundo de sus conciencias. Se levantaron, corrieron por la marisma, se juntaron en un largo abrazo. Acabaron follando allí mismo, en la orilla de la playa, rompiendo con ese acto de lúcida fornicación todos los malditos prejuicios de género que les habían impuesto la sociedad, la cultura, sus padres, el colegio de curas, los entrenadores de fútbol, la canción *Un hombre busca una mujer*, de Luis Miguel, y cada una de las telenovelas de las nueve de la noche en que Arturo Peniche agarraba a Thalía fuertemente por los hombros, diciéndole no olvides que tú eres mía, Marimar. Carlos me confesó que había sido el mejor sexo de su vida. Que había recibido. Que había dado. Que se había pringado el estómago con el semen de Maxi. Que él

había llenado con el suyo el culo de Maxi. Acabaron bañándose en el mar. El primer rayo del amanecer calentando sus cuerpos desnudos.

En nuestro grupo todos follamos con todos.

Hacia dónde vamos, dice mi papá. Por qué el Señor se ha olvidado de nosotros. Mi papá es medio fascista.

El perico te acelera pero te hace más lenta.

Empecé con la fotografía en la Escuela, un ejercicio para una clase. Ahora quiero ser fotógrafa. Se lo conté a mi papá y me regaló la Canon 6D, con los objetivos y el software más caro. Yo prefiero el Zeiss 50 mm porque desenfoca un montón el fondo, hoy están muy de moda los primeros planos con contexto ambiguo. Después vino la reflex Leica del 76, que pegaba tan bien con mi chaqueta *vintage* morada. Mi mejor foto es una de Carlos sacándole *feedback* al amplificador, mientras el Roro toca el ukelele al borde de la tarima. Llevo ya varias series, un par de exposiciones en restaurantes. Pero no sé si esto es lo que quiero. Soy fotógrafa con herramientas pero sin inspiración. Tengo los medios, no la energía. Como cuando quise ser poeta, actriz, diseñadora de modas. Gracias de todas maneras, papá.

No sé qué hacer con mi vida.

Al menos no soy como Ana, que desmenuzaba lo poco que se iba a llevar a la boca y contaba las calorías y los carbohidratos compulsivamente. Todos en el colegio la vimos crecer para quedarse niña, desarrollarse para involucionar. Su papá se fue a vivir con una secretaria veinteañera, su mamá se ahogó en un mar de ginebra y Lexotanil. Pobrecita, al final no era más que un saco de huesos, un esqueleto con forro transparente que escondía los vómitos en bolsas dentro del clóset. La última vez que la vi me dijo que quería hablar conmigo, que era importante. Me dio fastidio en ese momento calarme el melodrama. Al día siguiente estaba muerta.

Lo bueno de la cocaína es que te mantiene flaca.

Porque solo yo conozco las pequeñas historias detrás de las canciones de Carlos. *Idilio sifrino y Otoño en Altamira*. Sabrosas anécdotas sobre borracheras de sangría y anís y el piano que estaba a mano y la melodía que después fue tema que después fue disco.

Carlos amaba la poesía. Largas noches abrazados en la cama, debajo del ventilador de mi cuarto, rodeados de mis libros, buscando en ellos esas revelaciones siempre próximas que nunca llegan a producirse. La poesía es el arte del casi. Igual que el perico.

Un pase. Otro pase. Cinco horas comiendo techo.

Cuando fuimos a la clínica yo no paraba de llorar. Carlos tenía cara de fastidiado. En algún momento medio me acarició la mano. No quiso

entrar.

El aborto es el “y vivieron felices para siempre” de las relaciones de usar y botar.

En la autopista de madrugada. Ciudad no es ciudad. Tiempo no es tiempo. Los carros se pasan unos a otros. Cambio de luces. Vivir lo más rápido posible.

Soy lo que está lejos de mí. El adicto es la droga de su droga.

Echados en la arena, la nota del ácido todavía removiéndoles el cerebro, Maxi y Carlos comprendieron que vaya mierda de mundo el que habíamos heredado. Que todo era culpa de Platón. Que lo mejor hubiera sido hacerle caso a Diógenes de Sínope desde el principio. Maxi estaba obsesionado con Diógenes el cínico, ese jipi de la Antigüedad que se burlaba de la sociedad ateniense desde su tonel.

Carlos y yo íbamos a controlar a Pinto Salinas. Todos conocíamos a Grecia, la del volkswagen escarabajo y los ciento cincuenta quilos (físicos y cocaínicos).

I'm torn between the Light and Dark, while others see their targets divine symmetry. Drogarse es jugar a no estar viva. Entre dosis y dosis, entre rumba y rumba, el tiempo va pasando y de repente son años y no recuerdas ni la mitad de lo que viviste en ellos. En los pocos momentos de lucidez es que te preguntas qué carajos te estás haciendo. Qué fue de ti, de la vieja tú. No me soporto cuando soy consciente de mí misma, necesito matarme cada vez más poco a poco. Necesito matar el tiempo. Necesito no vivirme viviéndome.

Carlos, mi roquero purista, mi poeta maldito, mi James Douglas Morrison caribeño, el amante de la musicalidad popular en los poemas de Ramón Palomares, ese ejemplo barbudo y *grunge* de *flow* puro y buena vibra por encima de todo, con esos *solos* tan casi Zappa brotando humeantes de su Telecaster, se convirtió de repente en otra persona, una especie de profeta, un Zaratustra trasnochado, alguien que, aunque me esforzaba que jode, era incapaz de reconocer. Cada uno de sus discursos era más demente que el anterior. Tenías que escucharlo, se te imponía en cualquier conversación, no te dejaba hablar. Una tarde en que quedamos en un café de Los Naranjos, le conté que por fin iba a recitar mis poemas en la Escuela. Le pedí que fuera a verme. Me respondió que él no asistía a eventos artísticos falsos, menos en esas universidades privadas en las que si logras estudiar es porque tu papi tiene plata. El arte, me dijo, debe ser espontáneo, telúrico, libre de conceptualizaciones éticas y estéticas, libre de esa palabrería

hueca de académicos y críticos de literatura. Qué voy a hacer yo en esa universidad, cuyo centro cultural más importante es una feria de comida donde burguesitos en ciernes hablan de sus carros y sus jevas mientras se empapuzan sánduches de Subway o hamburguesas de Wendy's. Olvídalo, yo tengo integridad artística.

Pablo quiso acompañarme.

En realidad sí que eran fastidiosos los recitales universitarios. Ese puñado de poetas torpes, con barros por toda la cara, nerviosos porque era la primera vez que mostraban sus composiciones al mundo. Aulas mínimas donde cinco bobos aplaudían cada vez que uno terminaba con su afectada declamación. Yo toda jalada fantaseando con quitarme la blusa, recitar mis poemas con las tetas al aire. A ver si así al menos ocurría algo memorable. Pero nada, estaba tan cagada como los demás. Después Pablo y yo comimos en Subway, transgrediendo con aquel acto el desprecio de Carlos por los sánduches corporativos.

El perico te hace olvidar el miedo escénico. Dos pases antes de salir al escenario y olvídate de las miradas de los demás.

Qué vaina la irritación en las fosas nasales.

Y cómo detesto ese intervalo maldito en que toda fiesta pierde intensidad. Cómo me ladilla ese momento en que la nota empieza a desaparecer y recuerdas lo verdaderamente aburrida que es la vida. Regresa la gravedad, el tiempo vuelve a transcurrir con su ritmo habitual, los nervios se recomponen, llegan señales al cerebro, experimentas cosas tan vulgares como el tránsito intestinal. A partir de ahora, ninguna de mis notas tendrá bajones.

Don't believe in yourself. Don't deceive with belief. Knowledge comes with death's release.

Carlos y su encendido mitin contra el racionalismo, el utilitarismo, el materialismo, y las demás versiones reduccionistas de la realidad que no nos dejan percibir la poderosa energía universal y espiritual que reluce en cada hoja de hierba, que se oculta tras cada uno de los mágicos instantes de la existencia. Lorca decía que solo el misterio nos hace vivir, solo el misterio. Y Rimbaud tenía razón, somos otro, la verdadera vida está en otra parte. Habitamos el bosque de símbolos baudeleriano, inmersos en la interconexión absoluta de Thoreau. Todo es uno y uno es todo. Sencillo, profundo, como un poema de Whitman. Hasta el gordo fascista de Borges nos invitó con su Aleph a huir de este mundanal ruido de celulares y carros y Facebooks y seguir con Fray Luis la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido. Carlos lo entendió. Comprendió que el sistema nos empuja a creer que necesitamos cosas superficiales y luego nos hace sentir fracasados cuando no las alcanzamos ¿No lo ves? Es una conspiración de las grandes corporaciones. Desde hace años somos capaces de usar

el agua como combustible, pero las petroleras lo ocultan porque no les conviene económicamente. Hay que escapar de esta enferma Babylon. Jah nos bendice, Jah nos invita a volver en el campo. Algún día me iré a Chuspa, me haré un rastafari auténtico, me dedicaré a sembrar mi conuco con puro amor por la Tierra que engendra y da vida. Haré música desde la Tierra, para ella, solo con mi guitarra.

La primera vez que esnifé fue en casa de Maximiliano. Estaba tan borracha que no me podía mantener de pie. Fui a recostarme en uno de los sillones de la sala. Desperté cuando alguien preguntó tarjeta de crédito y otro respondió billete. Vi 4 hermosas líneas blancas, perfectamente simétricas, flotando sobre el cristal de la mesa. Todo ha venido acelerándose desde esa noche. Como este carro que baja rabiosamente por la autopista.

Respira hondo. Un pase. Otro pase.

Mi papá y mi mamá se preocupan. Ay pero qué le habrá pasado a ella. Tan bella, tan inteligente, tan sensible.

Si lo contradecía o le preguntaba si había tomado anfetaminas otra vez, me gritaba. Después de un tiempo empezó a pegarme en público. Me llamaba borrega del sistema, me tiraba al suelo, me daba patadas. ¿Será que me limo el tabique?

El día de los 7 gramos para celebrar la publicación de su primer epé rastafari, le entró una paranoia loca. Decía que se había tripeado la vaina por fin, que me tenía pillada, que yo lo estaba espiando para las compañías discográficas. Intentó ahorcarme en el sofá de casa de Francisco. Se me lanzó encima, me puso las rodillas en el pecho y empezó a apretarme el cuello. Yo le decía estás loco, estás loco, estás loco. Pablo intervino. Se pelearon. Carlos y Pablo eran amigos del colegio, solo tenían en común el fútbol y la marihuana. Corrí hasta el baño. Me miré en el espejo. No entendía cuál de las dos era la imagen, cuál la de carne y hueso. Estaba triste. Me sentía humillada. Cuando terminó todo, Pablo me llevó a la casa en su carro, calmándome por el camino. Yo le acaricié las heridas.

Una cosa llevó a la otra.

Todos los hombres del grupo han pasado por mí. O quizá viceversa.

La tarjeta de crédito nos ayuda a preparar las rayas y comprar las bolsas. Mi cédula tiene los bordes blancos y doblados de tanto hurgar entre la mercancía. Nuestros padres no saben la ayuda que brindan a nuestra causa. Tan ocupados con la remodelación de la quinta o comprando el apartamento en Coral Gables. En los restaurantes y en las peluquerías hablan de lo maravillosos que son sus hijos. La mayor

está estudiando en Yale. La menor es fotógrafa, ha presentado varias exposiciones. Un poco loquita, la jipi de la familia.

Todos tenemos plata, esta rumba no se va a terminar nunca.

On the route of the nineteen bus!

Ir drogada en el carro. Los vidrios abajo, el aire acondicionado prendido, la música a todo volumen. Escuchas *London calling*, te imaginas que eres una obrera inglesa en los setenta, cantando contra esta hipócrita sociedad, contra la mentira en los medios de comunicación y los políticos. Una raya más y pruebas la heroína.

No sé qué hacer con mi vida.

Si la red de autopistas de Caracas tiene sesenta kilómetros de largo, y una raya de coca, digamos, tres centímetros, ¿cuántas rayas tendría que esnifarme para recorrer la ciudad entera?

Me da igual caerme a pases sola. La gente se aprovecha, terminas con un cuarto de gramo, la esquinita de la bolsa, ganas de más.

La casa de mis papás me ladilla, me quiero mudar. Cada detalle es una oda al arribismo. Desde los cuadros comprados en galerías de San Francisco, pasando por la sirvienta con cofia y uniforme, hasta los suelos de granito. Desde las esculturas de bronce en el jardín, pasando por los televisores 3D en cada cuarto, hasta los sofás Chester del salón. Árboles rodeando la casa, enredaderas cubriendo los muros, parterres de bambú, trinitarias creciendo entre los resquicios de la cerca.

Blusa holgada, falda de algodón con florecitas de colores, collar de cuarzo color turquesa.

Primero lo acaricias por encima para que empiece a excitarse. Luego con la punta de lengua lo recorres de abajo a arriba y después de arriba a abajo y después de abajo a arriba. Lo sientes endurecerse con cada movimiento, calentarse, palpar, hasta que se pone tan duro que parece que va a explotar. Lo agarras con la mano, lo meneas, te metes la punta en la boca. Sientes las venas presionando el paladar. Empiezas a chupar. Al principio despacito. Vas metiéndotelo más adentro, aceleras el ritmo. Aceleras. Nunca te avisan.

Otro pase. Otro pase. Hasta mañana.

Con Pablo todo es más aburrido. Lo suyo son los números y la oficina, las putas y las camisas mangalarga. Trabaja en una multinacional, buscando el guiso perfecto, alguna cláusula oculta de la que caiga la comisión como una fruta podrida. El negocio saldrá, miamor, el subcontratista me ofreció 150 mil dólares si lo ayudo con la concesión. Se la pasa hablando de lo que se va a gastar. El apartamento nuevo, el carro, la ropa, un viaje romántico a Praga para los dos. Le dijiste que

ya no estás en drogas, acuérdate. Cuidado y metes la pata dejándote un rastro de coca en la nariz o mandibuleando demasiado. Recuerda, tú ya estás rehabilitada.

Sólo por hoy. Última raya. Lo prometo. Esta es la despedida. Yo puedo dejarlo cuando quiera.

Desde la Planicie hasta Tazón. De Petare a Caricuao.

En el funeral de Maxi me encontré con Carlos después de varios meses. Al parecer cumplió su promesa de irse a Chuspa a cultivar su huerto. Lo habían rebautizado en la religión rastafari, su nuevo nombre era Ras Muata Aduke. Me contó que estaba a punto de terminar su último disco, un canto desgarrado para Gea. Mitad oda, mitad elegía. Un manifiesto enérgico contra el capitalismo de consumo imperante en la macabra Babylon. Se acercó Pablo. Se dieron la mano, con calma, felices. Yo fui al baño, me metí cuatro pases: se había muerto Maxi, carajo.

Desde entonces mis papás me llaman todas las noches. Dónde estás, hija. Con quién estás. Qué estás haciendo. Me hartó, apago el celular. De viernes a lunes sin aparecer por la casa.

Pobres de mis viejos, viviendo la triste ficción de que son algo en la vida.

Ya no me gusta mirarme en el espejo. Yo no sé quién es ese zombi pálido peliteñado, con los dientes amarillos, los labios quebrados, los ojos vidriosos. Esa excusa de mujer con las tetas chorreadas a los veinte, llena de várices y morados por todas partes. Entre más pases más ojeras, entre más rayas más arrugas. Tengo que dejar de ver mi imagen estando sobria. Con la coca soy la Mujercerveza.

Estaba tan jalada cuando me pidió matrimonio que respondí que sí. Mientras estás en el carro vas volando. Cuando te bajas, caes.

I went to the market to realize my soul, cause what I need I just don't have.

Al menos no soy como Luis, que lo abandonó todo para hundirse en un océano de jarabe. Perdió el trabajo, la esposa lo dejó. El como si nada. Terminó mamándole el huevo a los farmaceutas por una botella. El día que se murió su papá, se presentó drogado al funeral. La hermana lo sacó a empujones. Ahora vive solo en su apartamento, rodeado de mugre y frascos vacíos y las sábanas y los muebles todos con quemaduras de cigarro. Su día consiste en levantarse a las tres, montarse en su carro destartalado, ir a la farmacia, comprarse los jarabes y volver al sofá a ver series hasta la noche. Si se muere en menos de seis meses gana la apuesta.

Pablo dice que cuando logre el negocio me va a regalar los implantes. A veces salgo por ahí a tomar fotos. Me gusta ir a Sabana Grande en busca de miserias. Mis preferidos son los niños vendedores. Esos que van de carro a peatón ofreciendo yesqueros y rosas de plástico. La mejor imagen es una en la que aparece un niño extendiendo el brazo mientras la ventana de un carro se cierra: qué estética es la pobreza. También le tomo fotos a la basura, a la cochambre de aceite y humo, a los perros callejeros. Cada vez que encuentro un perro lo sigo para ver en qué anda, casi siempre me topo con dos machos y una hembra líder. Los fotografío mientras van escarbando las bolsas de desechos, lamen el suelo debajo de los carritos de perrocaliente o se lanzan a los carros de la Casanova. De ahí saldrá mi próxima serie: *Ladra*. Eso sí, voy vestida como una pata en el suelo y guardo la cámara en un bolsito de yute para que no me asalten. Mi mamá se alarma. Dice que por qué me pongo a mirar a los pobres. Hija, con la cantidad de paisajes bonitos que tiene Caracas. El Ávila cuando amanece, cuando atardece. Mira qué bonito el Ávila que no tiene ranchos.

Lo que le pasa a ella es que no sabe qué hacer con su vida.

El segundo aborto fue más fácil. Pablo me dio el dinero, me dijo me avisas cuando se haya terminado. En el carro me dio por silbar Nina Simone. Con lo que me sobró me compré 2 gramos. Esa misma noche me olvidé del feto.

First they curse, then they press me 'til I'm hurt.

La cena aquella en que fui a conocer a los padres de Pablo. Pases en el baño. El papá no dejaba de mirarme las piernas entre wiski y wiski. La mamá hablando de los Montes de Oca y su casa en Palm Beach.

Ningún día se parece al otro pero todos los días son iguales.

Mi mamá dice que no hay peor mujer que la solterona. Condenadas a pasarse la vida entre faldas de algodón y el dulce manoseo ocasional del ginecólogo. Por eso se me ocurrió la serie *A vestir santos*. Fui recopilando información. Conocí todo tipo. Solteronas de 60 y de 15 años. Solteronas opacas, solteronas alegres, solteronas con gato, solteronas con jardín y Feng Shui, solteronas cristianas, solteronas que mimaban el cáncer de su tío enfermo. Margarita, la solterona más triste, dedicaba el día entero a escuchar los discursos del Presidente. Gracias a él aprendió a leer y a manipular un fusil.

Lo que nos pasa a nosotras es que no sabemos qué hacer con nuestras vidas.

Pablo fuma porros pero muy de vez en cuando. Bebe moderadamente. Follamos siempre en misionero porque tiene problemas de espalda. Está

todo el día con el Excel calculando ganancias, pérdidas, estimaciones. Mensuales, trimestrales, semestrales, anuales. Presentaciones de Power Point que me muestra orgulloso cada noche. Así van a quedar las instalaciones, miamor. Este es el complejo que estamos construyendo, así será la subestación eléctrica. Lo llaman de la planta en Punto Fijo para decirle que los transformadores dejaron de funcionar y que mañana tiene que ir para allá a repararlos como director del proyecto que es. El más joven de la empresa, se deja crecer la barba para parecer mayor. Si no, no te toman en serio, amor. Le toca despedir al ingeniero de obras, un cincuentón muy religioso con tres hijas y una hipoteca que lleva quince años en nómina. Lo que haga falta. Y no importa porque el jefe le tiene mucha confianza, ve en Pablo el futuro de su empresa. De vez en cuando le suelta algún hueso. El como un perro contento meneando la cola, se pone a dar vueltas, ladra.

No sé bien por qué pero con el tiempo nuestro grupo se fue haciendo cada vez más reducido. La gente se emparejaba o entraba en rehabilitación o se iba a probar suerte en Europa. En un año cinco despedidas. Madrid, Londres, París, Buenos Aires, Barcelona. Para cada una fiesta y buenos deseos. Todos sabíamos que no iban a lograr nada.

Ya casi no me queda nadie con quien caerme a países, empalmar un fin de semana seguido. Francisco era el único en seguirme el ritmo pero se puso serio después de que se acordó de Jesucristo. Un día llegó y me dijo ya no voy a drogarme más, debo salvar mi alma antes de que sea demasiado tarde. Tú deberías hacer lo mismo, el infierno te aguarda si sigues por esta senda de pecado.

Ahora me toca jalarme sola. Soy la reina del espacio infinito en mi cáscara de nuez. Esta es mi burbuja, de aquí no me saca nadie.

Como la vez que tuve que subir sola a Petare a buscar droga barrio adentro. Llevaba tres días enrumbada, no conseguía por ninguna parte. Un jíbaro en Baloa me dijo allá arriba, mamita. Me le quedé mirando. Ah no, si no me vas a creer te quedas sin perico. Ni de vaina. Vamos, pues. Subí con él. Interminables las escaleras y los niños que salían de las casas y se me quedaban mirando. La cabeza me daba vueltas, estaba mareada, sudaba frío. Esa mierda tenía más escalones que la Sagrada Familia, o sea. Subí y subí y los ranchos eran cada vez más y más cochambrosos. Cemento, ladrillo y cinc. Paredes sin terminar, cabiyas sueltas, techos amarrados con alambre, puertas que no abrían a ninguna parte. El cielo parecía una cerca, cruzado de cables superpuestos, amarrados a postes de madera medio caídos. Todo crecía desordenado, como el monte. Filtraciones, grietas, agujeros. Como

que a mayor altura las personas eran más oscuras, más sucias. Seguí pisando con miedo los escalones, supuse que aquello contaría como un ejercicio de pilates. Paralelos a las escaleras se veían los canales de agua de lluvia, que no eran más que trozos dispersos de cemento. Entre los escalones había pequeños brotes de monte sin cortar. Las escaleras no tenían pasamanos, o solo en algunos tramos que parecían mejor cuidados que otros. Había ranchos con techos de cinc, otros con techos de madera, otros con techos de lona. A los lados de algunos de los ranchos colgaban matas de fruta o legumbre. Gatos subidos a los muros, perros que los miraban fijamente, gruñendo desde abajo. Un chamo mugriento con una franela de Bob Abreu salió corriendo y se me plantó delante. Me dijo riéndose ¿tú eres de aquí del Carpintero? Mujeres bajaban las escaleras con tobos de agua, ropa tendida por todas partes, niños jugando béisbol con chapita y palo de escoba. Imagen idealizada de la pobreza: barrio bonito. El malandro entrañable seguía delante de mí, cantando una cumbia sobre la mujer que lo dejó, lo despechado que se sentía y el aguardiente que se iba a tomar, carajo. Podía ver la pistola marcada en la parte de atrás de sus pantalones. Miré hacia abajo, no vi Baloa. Solo una maraña de anaranjado, gris, verde. Me estaba empezando a poner nerviosa cuando el malandro entrañable se volteó. Allá arriba mamita, me dijo otra vez. Me señaló el rancho más recóndito del solar más apartado de la altura más elevada del sector más asqueroso del barrio más paupérrimo de la ciudad más corrupta de América Latina. No me gustó ese lugar, no se parecía a Miami. Donde las calles son limpias y los policías simpáticos y la gente recicla y los presidentes luchan contra el terrorismo. El jíbaro abrió la puerta oxidada, pasamos. No había más nadie en la casa. Se sacó la bolsita del bolsillo, me la puso en la mano, me agarró por el pelo, me tiró al suelo, se bajó los pantalones y me dijo chupa, mamita. Ante mí el pipí más morado que había visto en mi vida y yo no hago esa vaina y empecé a gritar y a gritar. Me levanté de un brinco, empujé al jíbaro, salí corriendo escaleras abajo. Escuché disparos detrás de mí. Vi delante a un hombre con una bolsa de plátanos que cayó de bruces. Un tiro en la barriga, un grito de dolor y estaba muerto. Esa bala era para mí. Ni modo.

Lo bueno es que al final la bolsa me salió gratis.

-

Cuento perteneciente al libro *Barrio bonito* (Caracas, 2015, Editorial Dahbar)

QUINCE MINUTOS PARA SER PÓSTUMO

Oriette D'Angelo

Ciudad de accidentes cardiovasculares. Avenidas como venas rotas de tanta grasa. Ciudad de misiles en dos ruedas. Ciudad de Yani Conte asesinado. Sueño incompleto sin poder dormir. Dicen los cuchillos que un hombre es un delito común, que un asesinato impune es prontuario negligente. ¿Han visto alguna vez una mancha de sangre en el concreto? Se asemeja a una mancha de aceite, pero más espesa, más humilde que el petróleo, más sincera. Todo lo de Yani se quedó póstumo y en lo póstumo él no deja de cantar. Los cuchillos dicen lo que la ciudad calla y aun así hablan más de la cuenta. Salgo a la calle y veo a un asesino en cada hombre. Una puñalada / dos puñaladas / seis puñaladas. No hay número exacto en las variables del duelo. El cuerpo roto hace entender la cobardía del ataque: la raja inexacta del asesino inexperto. El lugar de la coincidencia: la Caracas extraviada. Tres y cincuenta y cinco. Cuatro y diez de la mañana. Quince minutos para ser póstumo. La otra parte de la historia está borrada por la huida.

Cobardía se escribe con [C] de Caracas. Una mano asesina es una huella adulterada, un ADN intervenido. Quince minutos y Yani Conte no dice. Sólo queda una ciudad para tragar en seco y recordar.

A Yani.

-

Poema perteneciente al libro *Cardiopatías*, ganador del Premio de Autores Inéditos de Monte Ávila en su edición 2014. Será publicado en 2016.

LA CIUDAD LUCÍA

Paula Ilabaca

ella dijo mi violencia será este cuidado mal visto ella dijo
mi vestido
y sollozó lentejuelas pasmadas avenidas
las gestas y las calles de la ciudad despejan un dibujo
ella dijo dibujo mientras duerme ella dijo duerme
y velaron demonios bajo la cama
esta ciudad no
esta ciudad y su trono mi violencia es cemento ella dijo
en su trono mi violencia es cemento y primó sobre todas
las cosas

--

la ciudad lucía
lentejuelas pasmadas avenidas
la mayoría de las formas en su gesto eran minúsculas
suponiendo encuadres y montones de ecos
sucede con su voz con su pelo su posible criatura entera
su detalle horroroso en las comisuras de la boca ella dice
mi pobre boca y el barro que la salpicó
mi pobre cara cada vez más deslucida extraña
en el espejo de la pieza poderosa lucía
un detalle en la mano tan claro un detalle con barro
en el deseo del ángel que cubre de poros su sueño
pobre lucía pobre
abre las piernas y grita

-

Poemas pertenecientes al libro *La ciudad lucía*
(Santiago, 2006, Editorial Mantra).

LA VIANDANTE

Tomás Cohen

Vuelvo al puente que me cruzaste.
Tiembla con el camión.
Mientras, van carros hacia incendios
con sirenas que varan y estilan.

¡Qué veredas, qué ángulos, qué vagones
indicas y enhebras con anillo de árbol!
Perdiéndote, gasto en los suelos
un laberinto con centro de suelas rotas.

Reclamo el naufragio del sabueso
en fuentes traseras de fragancia
y el amo tirón que le marisca,
por igual, ambos reclamo.

Al pasado también cuanto no pasa.
“Otra ficha y lo doy vuelta...”
¡continúa! Haz entonces del ahora,
ensúciame, por último, en blanco.
Urgente demora, columpio siglos
en cuerdas vocales de campanarios
y concierto la liturgia deslenguada
de los videntes que no te vieran más.

Allí, crucifijo, salto del escenario
a sus libros diversos y abiertos como manos
y soy el viento que cambia solas las páginas,
el viento verde sólo en sus hojas,
sus hojas que saben sólo mi canción.
Las arremolino, desbocadas en mi voz
y tiro su estante a mi cuaderno
y retiro el cuaderno de mi libro.

-

Poema perteneciente al libro *De Redoble del
Ronroneo* (2014).

AMATISTA

Leonardo Alezones Lau

una vez más la calle
la máscara de la ciudad
intenta su mímica
antes de llorar
el cadáver del perro
humillado
el transexual
gana la dosis de la noche
muerde a los padres de familia
¿quién ignoraría que ambos
la ciudad y “amatista”
tendrían una hojilla bajo la lengua?

TÓTEM

José Carlos **Martínez**

De piedra
sentado en un poyo
mudo espectador del deslizarse de las horas,
sin preocuparme nada que pase
más allá de las bocas de mi calle.

Granítico guardián
de la puerta de mi celda,
con el gesto insolente
y los pantalones ajados
por el roce de la roca y de tus manos.

Fosilizado
desgastado por el cierzo
maltratado por musgo y orina.

Así imagino el resto de mis días.

HUMO

Tobías Von Messel

Habito la ciudad de las humaredas. La ciudad de los gases verdes donde corren nieblas cuyos brazos me ahorcan. Siempre termino en una avenida viendo carroñas que devoran carroñas.

Habito la ciudad de los ojos tristes en la que siempre se mira atrás, en las que cruzar de un extremo a otro no es más fácil que pasar entre aquellas dos rocas
(las dos rocas que te leí la otra noche)

Te escribo sin tinta en tiempos donde todo es más barato si no es real
(te hablo de virtualidad)

Te escribo sentado en una silla que se cae

Todo

c

a

e

(todo acaece)

Escribo porque qué más queda, escribo cuando el clima me deja, un clima que ya no depende de un Dios

(solo hay uno, solías decirme)

O de una ciencia que lo determine

(tú y tu tecnología, cantabas a diario)

Depende de lo que otros quieran, del humor con que despierten, del arsenal que esté disponible, del jefe de turno, del ricachón que se queje, de lo que diga la vibración del bolsillo

(tu bolsillo, en cambio, sólo recibe buenas señales)

Escribo y el humo crece y me aprieta, un humo que se sienta sobre mí y se ríe, y me mira con cara de gorila, con ojos que no se dejan ver, ojos que de seguro no existen, o que quizá sólo transmiten

v [] i [] o

Eso, sólo eso.

Yo me he quedado con el humo. Un humo que permanece. Un humo que extirpa espíritus. Si es que existen. Porque ya sólo existe el humo, y nosotros lo distraemos.

CUANDO LA FRACTURA ES REFLEXIÓN: NOTAS PARA LEER EN LA CIUDAD-SUJETX

Dámaso Rabanal

*Se ha proclamado tácitamente el derecho a la mendicidad universal
Odios los unos a los otros.*

Enrique Lihn

Para articular las ideas en este documento se utilizará como centro el nuevo proyecto de escritura¹ de la poeta chilena Daniela [Sol] Ramírez², que lleva por título *Fractura*³ (2015), un plaquette de quince páginas que organiza la propuesta textual a través de tres actos, iniciando con una reflexión de las situaciones contextuales de la sociedad chilena, para luego exhortar a los lectores a formular una visión crítica de los procesos sociales que vivencian para abandonar el sinsentido y, finalmente, promueve una nueva zona de reflexión en torno a las consecuencias que se producen a través de la naturalización de la violencia.

En este sentido, entonces, la escritura de Daniela Sol se instala dentro de las propuestas interpretativas que permiten torcer la lógica de operar la crítica sobre los discursos instalados, buscando alojarse en los espacios – las fracturas – desde donde erigir una voz alternativa y profunda de las situaciones que acontecen en la sociedad, instalando su propuesta de escritura desde *Sonidos*

1 Utilizo la expresión ‘proyecto de escritura’ no sólo porque *Fractura* constituye una nueva propuesta de la autora, sino porque además es un avance-fragmento de su próxima publicación.

2 Daniela Ramírez Sepúlveda (1983). Poeta y Artesana. Profesora, Magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México y Doctoranda en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Alicante, España. Estudia el Surrealismo, ha seguido esa tendencia literaria en varios de sus poemas que han sido publicados y leídos en Chile, México y Canadá.

3 *Fractura*, texto de publicación autogestionada, es además una sección de la próxima publicación que prepara la autora y que llevará por título “Postales y espejismos”. Se espera que el lanzamiento del proyecto mayor se concrete a fines del año 2015.

Errantes (2014), su primer libro, al manifestar que “Mi poética, profesores, es sólo / esta respiración / es ese “poder observar / con el otro ojo / el canto profundo de los días” (2014: 23).

Particularmente, *Fractura*, nos invita a transitar por las calles de la urbe, observar a las personas y re-conocer comprensivamente sus prácticas, acciones y formas de vínculo en el contexto social, así como también evidenciar las consecuencias que han generado en lxs sujetxs la construcción de ciudades planificadas con proyectos políticos orientados a implementar prácticas de biocontrol sobre los cuerpos, identidades y formas de pensamiento.

SER SUJETX

*¡A ustedes les hablo!
¡Fariseos, esclavos felices
de la marchita enajenación.
Daniela Sol*

El desafío sobre el que nos instala Daniela Sol a través de *Fractura* tiene directa relación con las expectativas y directrices que operan sobre lxs sujetxs desde las construcciones tradicionales de sociedad. Ser/estar sujeto a aquello que llamamos diseño social es lo que se pretende fracturar, no para cambiarlo directamente como si existiera una posibilidad descrita en su propuesta literaria, sino para visibilizar las dinámicas con las cuales se conceptualiza y categoriza las personas, en un afán de etiquetar al otrx, creyendo comprenderlo.

La fractura se presenta para hacer ruido en la colectividad, como el hueso que se quiebra abruptamente por una situación agresiva, desestabilizando la lógica que mantiene la anestesia social frente al sufrimiento en medio de un territorio donde se legitima la violencia, se anula la convivencia, en una ceguera sobre la cual el posmodernismo ha cincelado los cuerpos.

La actitud de la voz que transita en el poema se orienta en formular una crítica a las estrategias de posicionamiento que han permeado la sociedad instalada en el poema, que evidentemente permea significantes sobre la imagen de Chile. La intención de declarar el arribismo incorporado como rasgo inherente de las personas, se sustenta en la comprensión relacionada con la

facilidad de la comunidad por utilizar el desplazamiento y la desclasificación del otrx dentro de una práctica común, pues es más simple enviar a los márgenes que dedicarse a comprenderlo.

Considerando lo atrevido que puede significar enunciar una apreciación como esta, es pertinente comprender otro fenómeno importante dentro de esa forma de actuar. Lo que ha hecho el neoliberalismo y el capitalismo sobre lxs sujetxs de la sociedad representada tiene relación directa con la anulación de la capacidad reflexiva, por lo tanto la prioridad es lo inmediato, lo instantáneo, contribuyendo a sostener el discurso político del asistencialismo y la premura por resolver situaciones que, si bien pueden sobrellevar la problemática inmediata, no instalan una política real para la resolución de los problemas.

A qué se ha acostumbrado, entonces, la sociedad. La respuesta es penosamente evidente, pues se necesita que alguien solucione los acontecimientos por ellxs, rápido, en la eficacia inmediata y con baja reflexión para el sujeto. Como consecuencia de esto se han modelado personas que no van más allá de las situaciones que vivencian, sino que lo que importa es resolver.

La complejidad aparece cuando la costumbre de resolución operada por el estado no llega o es discutida por la colectividad, quien, en un afán distorsionado y abrupto por generar la solución a una dificultad, se empodera y desplaza la confianza sobre aquellas instituciones que entregaron las soluciones tradicionalmente, deslegitimándolas. En esta situación, las personas sobre quienes se ha anulado la resolución de problemas y la participación van a actuar con el único recuerdo y experiencia de vida que permanece en la memoria personal y colectiva: la violencia.

Entendiendo el escenario de lo abrupto y la costumbre de solucionar velozmente cualquier eventualidad, en la reflexión cotidiana no hay espacio para mediar sobre los niveles de violencia implementados por esa colectividad. De la mano con esta situación, la masa de personas construye una posición de pseudoautoridad, amparado en el bullicio y el entusiasmo colectivo, que ejerce el poder sobre aquellos sujetxs que no forman parte de esa comunidad eufórica, que considera la fuerza como método de control. Así, un ajusticiamiento colectivo contra alguien en medio de un territorio público, hostilizado por el diseño arquitectónico del ensimismamiento, y con gente enajenada por la frustración de un sistema estatal que para ellxs es improductivo, no entre-

ga momentos para preguntarse, por ejemplo ¿Cuál es la razón para que en una sociedad alguien llegue a delinquir, ejerciendo violencia contra alguien que, a su vez, considero víctima posible de su acción delictual?. No existe una condición natural de delincuencia, sino una sociedad que favoreció la producción y mantenimiento de esas prácticas para lxs sujetos. Sin ir más lejos, para alguien que roba en la calle y aborda a un otrx con intenciones de obtener algo de él/ella y obtener ganancia, opera sobre la misma lógica que los actos de corrupción que los altos empresarios y políticos nacionales que han utilizado los artilugios de su conocimiento del mercado para dominar la sociedad, volviéndose lxs seguidores oportunistas y fanáticos del biopoder.

SOCIEDAD SUJETX

*Este tejido áspero
de significaciones nos
conduce amargamente a
una descomposición final.*

Daniela Sol

Fractura se construye como un territorio de escritura que, a su vez, es una síntesis creativa del diálogo y estrategias comunicativas de los sujetxs. En este escenario, la actitud social que movilizan las personas se genera a través de la “cólera contra una justicia severa o demasiado indulgente” (Foucault 2008: 299), permitiéndose asumir roles de poder sobre/desde su posición de ciudadanía hacia quienes ejecutan acciones cuestionables. La participación política de las personas es distribuida y empoderada a través de la grabada forma tradicional de ejercer el poder.

En este sentido, la violencia opera “como una técnica pensada para modificar a los individuos” (Foucault 2008: 307), pues ha sido aprendida y transmitida en el imaginario nacional existente con las herencias de una cultura disciplinante que elaboró formas de representación lingüística para las personas en expresiones como “la letra con sangre entra” y/o “Calladito se ve más bonito”⁴. Así, las imágenes discursivas que han sido posicionadas y asociadas a la construcción de lxs individuos están pensadas en la promoción de una actitud pasiva, que se ha reforzado en los sistemas formales de educación,

4 Ambas expresiones han transitado en diferentes períodos del imaginario chileno y culturas familiares/escolares.

instalando la agresión como posibilidad comunicativa de la colectividad, como si este contexto social privilegiara la iniciativa individual de “un arte de castigar al otro” (Foucault 2008: 297).

Es pertinente destacar las concepciones que la investigadora Magda Sepúlveda señala en su libro *Ciudad Quiltra. Poesía chilena (1973-2013)*, al considerar que “el ciudadano construido por la dictadura militar implicó una tachadura sobre las identidades latinoamericanas” (2013: 50), pues en ese ejercicio de tachadura se produce en la anulación de iniciativa por construirse persona desde la colectividad, siendo modelado por el ideal de sujetx promovido desde el estado. Se debe considerar, además, que los diseños urbanos en los que se gestiona el avance de la sociedad y quienes la componen, instalan la lógica del cemento por su rigidez e irreflexibilidad. De esta manera “los nuevos edificios de ventanas espejos y el Paseo Ahumanda, fueron la metáfora utilizada para connotar la nueva construcción del ciudadano, como aquel que desea mirarse en una superficie lisa y sin profundidad” (Rabanal 2014: 168). La propuesta artística de *Fractura* sitúa una sociedad sujetx que transita por el entramado urbano de la cotidianidad en una dinámica permanente por ingresar y proyectar discursos con los cuales integrar experiencias que permitan la constitución de la identidad, una identidad fluida en el entendido de que cada aventura diaria aporta a la construcción del yo, entregando la oportunidad para desarrollar una concepción crítica de la participación ciudadana. En este sentido, es importante mencionar que “cada territorio (cada posición territorial) es una noción, una imagen y un régimen de sentido para pensar el mundo nuevo” (Ludmer 2010: 122), por lo tanto la evidencia de la crisis por los roles y ejercicio institucional de la justicia promueve el ingreso a las dinámicas socioculturales desde una óptica diferente, divergente y disidente, entregando especial relevancia al contexto urbano.

CIUDAD SUJETX

*En esta constelación resquebrajada
estancada,
la ciudad amarilla reproduce
cruces y símbolos del pasado
queriendo vomitar justicia.*
Daniela Sol

El lugar donde se construye el poema es la ciudad, una ciudad escenario-performance en que lxs sujetxs se interrelacionan desde un rol invariable en que

no se cuestionan los acontecimientos, sino que operan sobre la base de la costumbre y las formas de comunicación que el poder o discurso oficial ha historizado, enseñado y heredado.

La ciudad es la zona de contacto de estas identidades⁵ nómades en un territorio donde lxs sujetxs se organizan en roles de poder y subalternidad, siendo el yo la clave de comprensión social. Se evidencia una mirada autoreferenciada en la que toda importancia está en lo individual, la delimitación de los espacios y de la comunicación, articulando un permanente estado de alerta con respecto a lxs otrxs.

De esta manera, se erige un territorio en tensión, una disputa permanente por el espacio - como si Darwin y la teoría de las especies estuvieran de moda en el siglo XXI y las relaciones humanas. Lxs sujetxs permanecen en una psicosis defensiva por el posible dolor que el otro puede causar, sin embargo, el cuestionamiento no es a la inversa, pues la lógica/sin lógica establece que sí puedo ejercer dolor a quien me daña, por lo tanto un delincuente es alguien a quien puedo vulnerar. La fractura se produce en la anulación de la razón y la violencia da paso a una idea trastocada de justicia, porque puedo dañar el cuerpo, pero no formulo una política pública que impida o disminuya la delincuencia. Así, el acto violento como respuesta a la violencia del delito, deviene una purga infructuosa para la sociedad.

El neoliberalismo eleva la ciudad, esa urbe productiva y que extiende las redes de cemento hacia los espacios en los cuales las raíces y naturaleza se esterilizan sin poder fertilizarse. Esta acción de diseño urbanístico avasallador se construye también en las subjetividades de las personas que habitan ese territorio. Así como la naturaleza retrocede frente a la máquina y el concreto, sin poder manifestarse en el idioma de los fierros y el cemento, abriendo espacio a la incompreensión del ecosistema, los sujetos degradados de autonomía reflexiva y sudados en enajenación son incapaces de conocer al otro, de detenerse a vivir con el otro, formando cofradías por simpatía que mantienen la comunidad en fragmentación permanente. De este modo, no hay posibilidad de fomentar y promover el sentido común, porque éste se genera en la naturaleza gregaria del ser humano que está anulada o de diseña atolondradamente en la ira, siendo vital la necesidad de comprender que soy

5 No es pertinente utilizar el concepto de “subjetividad”, pues los sujetos territorializados en el poema apelan a una producción discursiva unificada, donde lo idéntico responde a su construcción individual y colectiva.

yo cuando hay un otrx que debe ser legitimado en sus aportes hacia la construcción personal y la colectividad.

Más interesante es, entonces, comprender que las respuestas a las situaciones violentas deben estar fundadas sobre el sentido común que nos permite comprender más allá del acto delictual, de lo abyecto, de lo extraño, de lo que parece incomprensible y molesto, comprendiendo que el círculo de la violencia no se termina con nuevos actos violentos.

Si “el trayecto por lo territorios es otro viaje a la fábrica de realidad para ver cómo funciona y poder darle vuelta” (Ludmer 2010: 121), la operación a la que nos invita Daniela Sol es precisamente a ingresar comprometidamente dentro de las dinámicas de la cultura, atreverse a participar en su diseño desde una propuesta que se ubique en las concepciones basales que generan acciones violentas, más allá de las respuestas irascibles de lxs sujetxs.

En *Fractura* no existe una propuesta de validación del delito, bajo ninguna circunstancia, sino que la propuesta creativa se construye a través de ir en búsqueda de la comprensión de los fenómenos colectivos de justicia social., para así pensar las razones que condujeron a esa persona que comete delito y vulnerar al otro, así como también las razones que generan la respuesta violenta de la colectividad.

Obras citadas

Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2008. Impreso.

Lihn, Enrique. *El paseo ahumada*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales. 2003. Impreso.

Ludmer, Josefina. *Aquí Latinoamérica. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora. 2011.

Rabanal, Dámaso. “Magda Sepúlveda Eriz Ciudad Quiltra. Poesía chilena (1973 – 2013) Santiago de Chile: Cuarto propio, 2013. Cuarenta años de poesía chilena: ruca con subsidio urbano y Chile bohemio”. *Confluenze. Rivista di Studi Iberoamericani*, [S.l.], v. 6, n. 1, p. 168-170, jun. 2014. ISSN 2036-0967. Available at: <<http://confluenze.unibo.it/article/view/4450/3930>>. Date accessed: 02 Nov. 2015. doi:<http://dx.doi.org/10.6092/issn.2036-0967/4450>.

Sepúlveda, Magda. *Ciudad quiltra. Poesía chilena (1973-2013)*. Santiago: Cuarto Propio. 2013. Impreso.

Sol, Daniela. *Sonidos errantes 2190 amaneceres y 72 bolsas de té*. Santiago: Xaleshem. 2014. Impreso.

———. *Fractura*. Talca: Alauda Ediciones. 2015.

NÚMEROS ANTERIORES



Disponibles en
www.revistacantera.com

CANTERA

REVISTA LITERARIA

1. f. Sitio de donde se saca piedra, greda u otra sustancia análoga para obras varias.
2. f. Talento, ingenio y capacidad que muestra alguna persona.
3. f. Lugar, institución, etc., de procedencia de individuos especialmente dotados para una determinada actividad.
4. Revista literaria

www.revistacantera.com
[@revistacantera](#)